

mandado á su mayordomo, que si caía la plaza en manos del enemigo, cortase al punto la cabeza á la Reina, y prendiese fuego al palacio. Tomaron á Osa-
ca, y se le intimó al mayordomo que pusiese á la Reina en poder del vencedor. Aquel criado, que ve-
neraba en gran manera á su ama, buscó todos los medios posibles para libertarla; pero todo fue inútil. Pasó, pues, á visitarla, arrojóse á sus pies, inundán-
dolos con un torrente de lágrimas, y la declaró el bárbaro precepto que habia recibido. „Todos pere-
ceremos pronto (añadió), y el único consuelo que me queda es no alcanzar en dias á una Princesa, cuya muerte seria para mí el tormento mas insufrible.” Oyó la Reina este discurso como si fuera la cosa mas indiferente para ella. „Ya sabes (le dijo) que soy cristiana, y que la muerte no intimida á los cristia-
nos. Por lo que á ti toca, reflexiona bien cuál ha de ser tu suerte por toda una eternidad.” Entró en su oratorio dichas estas palabras, y postrada ante la imágen del Dios que murió por nosotros, ofrecióle el sacrificio de su vida. Llamó despues á sus damas, las cuales eran todas cristianas, abrazólas con cariño, y espúsolas, que no estando condenadas á morir, las obligaba la ley de Dios á retirarse antes que se incendiase el palacio. Solo se oían sollozos y gritos lamentables, á escepcion de la Reina que se mantenía tranquila; entrando otra vez en el oratorio, llamó al mayordomo y díjole, que podia cumplir su comi-
sion: arrojóse éste de nuevo á sus pies, y rogóla le perdonase la muerte que iba á darla. Púsose al punto

la Reina de rodillas, separó del cuello la ropa que podia servir de estorbo, y pronunciando los nombres de Jesus y María, recibió el golpe que la cortó la cabeza. ¡Tal era la fortaleza cristiana en las almas del Japón, independientes en cierto modo de los la-
zos de la carne y de la fragilidad del sexo, no menos que de las otras debilidades naturales.

7. El rasgo siguiente acabará de demostrar la energía del carácter de esta nacion, aun en aquella clase de gentes que está menos dispuesta al heroísmo. Habiéndose apoderado el Rey de Sajuma del Bongo, desde donde se habia propagado la fe por los demás reinos, los bonzos, que le habian favorecido mucho en aquella invasion, egercieron su venganza con un furor extraordinario en esta cristiandad floreciente, y trataron sobre todo de incendiar las iglesias y cuantos monumentos del cristianismo pudieron encontrar. A la vista de Vosuqui, que habia caido ya en su poder, habia un fuerte separado de esta ciudad por un brazo de mar bastante estrecho: y unos cuantos centenares de vasallos fieles, de ambos sexos, defendian en él los derechos de su legítimo Soberano. No pudo menos de indignarse una de aquellas heroínas al ver, en medio de las iglesias reducidas á ceniza, un templo de ídolos y una magnífica casa de bonzos, preservadas para insultar á la verdadera Religion. „¿Por ventura hemos de ser nosotros (gritó) los espectadores ociosos del triunfo de la impiedad?” Tomó al punto su resolucion, esperó la noche con impaciencia, echóse entonces á nado, pasó el brazo

de mar, incendió el templo y el monasterio de los bonzos; hecho esto, volvió á atravesar el mar, entró triunfante en la fortaleza, y convidó á todos á que fuesen á gozar en su compañía el placer de mirar como devoraban las llamas aquellos trofeos orgullosos de la idolatría.

8. Aunque el último Emperador, llamado Nobunanga, no profesaba el cristianismo, habíale protegido de tal suerte que era ya la religion dominante aun en la capital del imperio. Mas aquel Príncipe, abandonado á sus vergonzosas pasiones, permaneció siempre ciego en el centro de la luz, á pesar de las continuas exhortaciones de los hombres apostólicos con quienes no se cansaba de conversar. Estravióse por último tan deplorablemente con el vértigo de un orgullo insensato, que mandó le edificasen un templo, y publicó un edicto en que, suspendiendo cualquiera otro culto, ordenó que fuesen de todas las regiones del imperio á ofrecer sacrificios al Emperador. Despreciaron los cristianos el edicto, y fingió Nobunanga que no lo echaba de ver; mas tomó Dios una venganza egemplar de tan grande impiedad. En una conmocion encendida por un hombre despreciable, por un aventurero con sola la habilidad del dibujo, pereció aquel Príncipe, rebelde á la gracia, en el punto mas brillante de su carrera. Habia formado el gran designio de reducir todos los reyezuelos del Japon á la clase de simples vasallos, segun la constitucion primitiva del imperio, y llegó á consquistar mas de treinta reinos, de los que sacó inmensas riquezas.

9. Quedó privada del sòlio la posteridad de este Príncipe, y le ocupó un hombre tan mal nacido como su asesino. Habia sido criado de un gentil-hombre de su corte, despues de lo cual sentó plaza de soldado, y pasando por todos los grados de la militia, obtuvo el mando de los egércitos. Tal era el famoso Taicosama, llamado antes Fariba, que al principio representó el papel de vengador de Nobunanga, y se constituyó tutor de su nieto, para allanarse el camino del trono, al que subió bien pronto. Fueron bastante tranquilos los principios de su reinado, y aun favorables á los cristianos, á quienes, atendido su poder, no convenia irritar en los principios de una autoridad usurpada y poco segura.

10. Observaba que casi todos los principales empleados del imperio eran cristianos (1). Osaca y Sacai, que eran las dos ciudades cuya conservacion mas le interesaba, tenian la una un gobernador cristiano, y la otra un infiel, del que se vió en la precision de deshacerse el nuevo Emperador, y juzgó que nadie podia reemplazarle mejor que el cristiano Joaquín Riusa, hombre de acreditado valor. La persona mas interesante para la seguridad del Monarca, esto es, Ucondono, primer capitán de guardias, el coronel general de la caballería, el grande almirante, el primer secretario de estado, el tesorero general, el intrépido virey de Boari, y otros muchos caballeros igualmente distinguidos por su mérito que por sus empleos, eran adoradores sinceros del verdadero Dios, y muchos de

(1) *Hist. del Jap. lib. 7.*

ellos merecían mas bien el nombre de apóstoles que el de simples fieles. Eran por otra parte tan respetados en todo el imperio, que podia dudarse si habia hecho mas el nuevo Emperador en confirmarlos en sus empleos que ellos en aceptarlos. Parece, sin embargo, que Taicosama, receloso y suspicaz, como todos los tiranos, particularmente con respecto á los discípulos de Jesucristo, rígidos observadores del derecho de magestad y de todos los principios de la equidad, no tuvo nunca entera confianza en ellos. A esto contribuyó mucho la circunstancia de que el primer capitán de guardias, generalísimo de los egércitos, y el mas acreditado entre todos los caballeros cristianos, habíase declarado al principio á favor de un hijo del Emperador difunto, defendiéndole hasta que este Príncipe sin esperiencia se arruinó á sí mismo con su mala conducta.

11. Otra de las causas de la antipatía de Taicosama contra los castos adoradores del Dios, hijo de una Virgen, eran las costumbres de este Soberano, el mas incontinente de los idólatras. Conformándose con el plan de su predecesor, que se habia propuesto subyugar á todos los Reyes del Japón, no se limitaba á conquistar reinos, sino que por donde quiera que pasaba hacia que los ministros de sus órdenes se apoderasen de las mugeres mas favorecidas de la naturaleza, ya fuesen casadas ó doncellas. Un favorito suyo, llamado Tocun, que, abandonando la profesion de bonzo, habíase consagrado, por decirlo así, á hacer reclutas para el serrallo, desempeñaba con

tanta perfección este ministerio infame, que le temían todas las mugeres hermosas y honradas. Acompañando al Emperador por la frontera del reino de Arima, célebre por la belleza del sexo, no quiso perder una ocasion tan favorable para lisongear al Monarca. Mas era cristiano todo el país, y la gente jóven aun mas casta que brillante. Recibieron tan mal al robador impuro, que tuvo á gran fortuna haber salido de allí con vida. Enfurecido con este mal tratamiento, retiróse muy tarde adonde estaba Taicosama, quien estando en un banquete, y habiendo bebido con esceso, juró que mandaria cortar la cabeza á todas las mugeres de Arima.

12. Aprovecháronse de la ocasion todos los compañeros de sus desórdenes, idólatras viciosos que no podian sufrir una religion tan contraria á sus perversas inclinaciones, para escitar al Príncipe á declararse formalmente contra los cristianos, que se resistian de aquel modo á su voluntad. Y por poco que lo difiriese (añadieron) no le dejarían con su multiplicacion rápida ninguna autoridad en el imperio. Irritóse particularmente Tocun contra el generalísimo Ucondono, que era la principal columna de la fe, y pareció sospechosa su fidelidad. Consiguió por último que tomase el Emperador una resolucion estremada, contra todas las reglas de la prudencia. Fue desterrado Ucondono, y poco despues dieron orden á todos los misioneros para que saliesen del Japón. El generalísimo estaba acampado á alguna distancia de la corte con el egército imperial, que le profesaba el mayor

afecto, cuando le intimaron de parte del Emperador que eligiese entre abjurar el cristianismo sin perder momento, ó salir desterrado. Es la muerte, hablando generalmente, un mal mucho menor para los japones que la deshonra: y el valiente Ucondono habia mostrado mil veces en lo mas fuerte de la refriega cuánto preferia la gloria á la vida; pero Ucondono sabia vencer y no rebelarse. No quiso mezclarse en el exámen de los derechos mas equívocos de Taicosama al trono, y tomando por regla de su conducta el gran principio de la tranquilidad pública, sacrificó todos sus intereses á la quietud del estado. Contestó que no se detenia un instante en elegir el destierro, y que del mismo modo elegiria la muerte mas cruel antes que faltar á la fidelidad que debia á su Dios. Marchó al punto al destierro, castigo que en el Japón tiene la nota mas infame, y sujeta al que le padece á la maldicion pública, de suerte que el desterrado, muerto civilmente y privado de toda sociedad, se vé reducido á buscar un asilo en los bosques y desiertos. Mas el destierro de Ucondono solo sirvió para conciliarle mayor veneracion y afecto, así en su religiosa familia, gozosa de adquirir un confesor de Jesucristo, como entre todos los vasallos de aquella ilustre casa, y una multitud de oficiales que habian servido á sus órdenes y á las de su padre. Quisieron mas bien abandonar sus bienes y estados, que faltar á lo que exigian de ellos el honor y la Religion. Desagradó aun á los mismos infieles la injusticia de Taicosama: y el hermano de aquel Príncipe y otros idólatras de

primer orden ensalzaron en gran manera la constancia del confesor, ofreciéndose á servirle en cuanto necesitase.

13. Parece que el Emperador se arrepintió de su primer movimiento de ira, y en general de todo lo que habia mandado contra los cristianos. Un dia que estaba hablando acerca de la Religion con una señora de la corte, de la que sabia que era cristiana, díjola que sobre este punto habia procedido con alguna ligereza. Pero habiéndosele hecho una falsa relacion del poder del Rey Católico y del peligro en que estaban sus estados de ser invadidos por los europeos, siguió persiguiendo á los cristianos, y ordenó que se prendiese á los misioneros de Meaco y de Ozaca, que eran las dos principales ciudades del imperio. Habia solamente nueve de ellos en estas ciudades, á saber, tres jesuitas y seis franciscanos; pues los demás habíanse retraido ya á los estados de los Príncipes cristianos, desde donde administraban en secreto los auxilios de su ministerio á los fieles de los otros reinos, con la esperanza de que satisfecho el Emperador al ver la discrecion con que procedian, no tardaria en mudar de conducta.

14. En cuanto á los Príncipes que les dieron asilo, el Rey de Arima, y á egemplo suyo los de Fingo y Bugen, declaráronse á su favor de un modo tan visible, que no podemos menos de atribuir á una disposicion particular de la Providencia la quietud con que los dejó vivir el soberbio Taicosama. Trató el Rey de Arima en estas circunstancias de hacer que

abrazasen el cristianismo aquellos vasallos suyos que eran todavía idólatras, y tuvo la felicidad de ver realizados sus piadosos designios, á pesar de la persecucion que recelaban todos. Trasladó el Rey de Fingo al generalísimo desgraciado y á toda su comitiva á la isla de Junomiga, la que muy en breve se hizo célebre con la concurrencia de los cristianos mas distinguidos, que iban en gran número á honrar á aquel ilustre confesor, y le tributaban ya una especie de culto. Algunos se prendaron tanto de la alegría celestial que gozaba con él su ilustre familia, despojada de todo, que renunciando sus empleos y dignidades, estableciéronse en aquel asilo de la inocencia y de la verdadera paz. El anciano Rey de Bongo, que hubiera competido en celo con todos los demás, habia muerto en olor de santidad. El Rey Joscimon, hijo indigno de un padre que fue apóstol y Soberano de sus pueblos, apostató de la Religion cristiana persiguiendo á los cristianos, despues de la muerte de su padre, á lo menos por algun tiempo. Tambien mandó derramar la sangre de muchos mártires, los primeros que la persecucion declarada dió á la iglesia del Japón, que recibió de un Príncipe cristiano sus primeras heridas. Mas la Reina viuda, dos Princesas hermanas del Rey, y las personas mas ilustres de la corte conserváronse en la fe con un valor que nunca se doblegó á las amenazas ni á la violencia.

15. Recibieron entretanto un gran consuelo los confesores y todos los fieles del Japón, al propio tiempo que los que se le daban venian á experimentar

las mas crueles amarguras. Volvieron entonces á entrar en el Japón los embajadores que habian viajado á Roma siete ú ocho años antes. Los testimonios que del paternal cariño del Sumo Pontífice llevaban á sus compatriotas cristianos, pararon el curso de sus aflicciones. Mas los embajadores, que solo recibian noticias melancólicas, á saber, el fin trágico de Nobunanga, la elevacion de Fajiba al trono imperial, el cristianismo proscrito en el imperio, la muerte del Rey de Bongo y del Príncipe de Omura, que fueron en otro tiempo los mas firmes apoyos de la iglesia del Japón, y la apostasia del nuevo Rey de Bongo, esperimaron todos los efectos de la sorpresa y del dolor que debian causar unos reveses tan funestos como imprevistos. Lejos de disminuirse sin embargo su fe, adquirió un nuevo grado de heroísmo, y juzgando que era poco el perseverar en ella, dedicáronse al apostolado. Renunciando por último todas las grandezas del siglo, entraron en el noviciado de los jesuitas, á fin de multiplicar los operarios evangélicos que eran entonces mas necesarios que nunca.

16. Los que habian sido presos en Ozaca y Meaco, cuyos nombres se habian remitido al Emperador, estaban ya en el momento de recibir la corona del martirio (1). Habia ordenado aquel Príncipe formar tambien una lista de todos los cristianos que asistian á las iglesias de dichas dos ciudades, con cuyo motivo se esparció en las provincias la voz de que iba á darse muerte á todos los que no quisieran adorar á

(1) *Hist. del Jap. lib. 8.*

los dioses del imperio. Esta noticia que al parecer debía producir una consternacion general, dispertó tal ardor de padecer el martirio, que quedaron admirados los idólatras. Dando egemplo, como siempre, el generalísimo Ucondono, corrió desde luego á establecerse en medio de los misioneros, opinando que no dejarían de prenderlos, y que tendria él parte en sus prisiones y suplicios. Imitáronle dos hijos del mayordomo mayor del Emperador, siendo muy digno de observacion que el de mas edad que tenia la futura de los empleos de su padre, anduvo doscientas leguas para ir á Meaco, y vistióse como los misioneros, para que le prendiesen mas pronto. Todos los criados á quienes pretendió despedir, protestaron que morirían con él. Su hermano menor, que se hallaba en el seno de su familia, tuvo que luchar contra el cariño y ternera de sus parientes y aun contra las amenazas de su padre, que era pagano, aunque muy afecto á los cristianos. Pero demostró un valor que los obligó al instante á desistir de su empeño. Animado del mismo espíritu un primo suyo, mantúvose con la mayor firmeza, aunque vió desmayada á su tia, la muger del mayordomo mayor, al considerar los peligros á que se esponian sus hijos y su sobrino. Hízola reflexiones tan exactas y tan patéticas acerca de una muerte tan preciosa, que todos los concurrentes elogiaron su determinacion. Un Príncipe, pariente del Emperador y dueño de tres reinos, se encerró en la casa de los jesuitas para morir con ellos. Otro Príncipe, á quien acababan de bautizar, publicó en sus estados que

castigaria con severidad á todos aquellos que en caso de preguntarles si su Príncipe era cristiano, faltaran á la verdad. Temiendo un señor de los mas poderosos y celebrados por su valor el que no osasen prenderle en su casa, presentóse con su muger á uno de los ministros de la persecucion, sin mas acompañamiento que su hijo de diez años, á quien llevaba de la mano, y una hija de tan tierna edad, que por no poder caminar todavía iba en brazos de su madre. Presentábase con intrepidez aun las personas mas comunes ante los ministros de la justicia, y en una palabra, todos ponian particular cuidado en no perder la ocasion de firmar con su sangre la confesion de su fe.

17. Trabajaban á toda prisa las señoras de distincion, con sus criadas, en hacerse vestidos magníficos para celebrar el dia de su muerte, al que daban ellas el nombre de dia de su triunfo. Reuníanse en las casas donde les parecia que las encontrarian mas fácilmente, y entre las mugeres de Meaco hubo una que rogó á las otras la llevasen arrastrando al suplicio, si veían que se retiraba ó que mostraba algun temor. Vióse á una señora jóven disponer su sacrificio con la mas perfecta serenidad, y aun en las cosas mas pequeñas, y componer su ropa de modo que pudiese presentarse, segun todas las reglas de una escrupulosa decencia, en la cruz en que se decia que iban á dar muerte á todos los cristianos. Trataban los criados del mismo modo de preparar sus relicarios, rosarios y Crucifijos, y todo esto con tanta paz y tranquilidad, que algunos militares imbuidos aun en

las preocupaciones de su país, donde es una infamia padecer violencia, arrojaron sus puñales y alfanges al ver este espectáculo, para tomar algunas insignias piadosas á egemplo de las mugeres, y dejarse asesinar en compañía de éstas.

18. Cupo al sexo devoto la gloria de ser el primero que vertió su sangre, aunque derramada sin orden del Emperador. Tenia un idólatra una muger cristiana, á quien amaba en extremo, y viendo el peligro próximo á que esponia esta religion á una esposa tan querida, quiso hacérsela abjurar. Despues de haber intentado el cumplimiento de su designio por todos los medios imaginables, bien que sin ningun efecto, llevóla á lo mas enmarañado y obscuro de una selva retirada, con una esclava firme tambien en la fe. Desenvainó allí el sable, y le presentó á sus ojos, pero sin causarla ninguna sorpresa; y levantando el brazo, como que iba á cortar la cabeza á su esposa, separó del cuello la de la esclava. Arrodillóse al punto su muger, aguardando la muerte de un momento á otro; pero no quedaron satisfechos sus deseos, porque venciendo el amor todas las dificultades, alzó el marido á su esposa, penetrado de una veneracion extraordinaria.

Mientras duraban las revueltas del reino de Bongo, cayó en manos de un idólatra una señorita de distincion, que habia sido esclavizada, y estuvo espuesta su castidad á iguales riesgos que su religion. Para lograr la ayuda del cielo con mayor abundancia de gracias, hizo voto de virginidad, y opuso á las

importunaciones de su tirano la santa entereza de una esposa de Jesucristo. El seductor, desesperado, la entregó á unos mozos libertinos; pero alentada por un esfuerzo celestial, llenólos de consternacion, y los ahuyentó de sí. Amenazóla con que la haria experimentar, como cristiana, todo el rigor de las leyes, y ella se rió de un error que le presentaba como el mal supremo, lo que en su concepto era el sumo bien. Ordenó que la despedazasen todo el cuerpo á fuerza de azotes; y al ver ella su sangre, prorumpió en cánticos de triunfo y en accion de gracias. Convirtiéndose entonces el despecho en furor, condujola aquel malvado al lugar del suplicio, dióla de puñaladas por su propia mano, y arrojó su cuerpo á una cloaca.

19 y 20. Lo que inspiró á los fieles en medio de tan grandes egemplos la mas alta estimacion del cristianismo, y desconcertó todas sus ideas, fue el ardor de los niños de la mas tierna edad, haciendo que los alistasen en las enumeraciones que se hacian de los fieles, y el recelo que tenian de libertarse de la muerte. Mas calmaron muy en breve todos estos movimientos, porque llegó la noticia de que solo perecerian los misioneros presos en Ozaca y Meaco, con los pocos cristianos que estaban entonces en su compañía. No habia proscrito el Emperador mas que á los religiosos que habian pasado de Filipinas, porque juzgaban que los españoles meditaban desde allí la conquista del Japon, y los enviaban para promover la sublevacion de los japones convertidos. Como habia visto,